

Re-imaginar: abrir la mesa en el Espíritu de Jesús

Discernimiento comunitario y praxis liberadora para la vida en comunidad

Jorge Daniel Zijlstra Arduin

Hay momentos en la vida de la iglesia en los que no alcanza con ajustar lo que ya existe. Momentos en los que las preguntas se vuelven más hondas que las respuestas disponibles. No porque las convicciones hayan perdido su fuerza, sino porque la realidad ha cambiado y nos exige volver a escuchar el Evangelio desde otros lugares.

Muchas comunidades viven hoy en ese umbral. Lo que durante años sostuvo la vida común comienza a mostrar límites. Las formas heredadas ya no siempre logran expresar la profundidad de la fe ni responder a las búsquedas espirituales de este tiempo. Al mismo tiempo, emergen nuevas preguntas, nuevas sensibilidades, nuevas urgencias. Y en medio de todo eso, permanece una convicción: el Espíritu de Jesús no ha dejado de actuar.

Re-imaginar la vida comunitaria nace en ese cruce. No es un gesto de ruptura ni una búsqueda de novedad por sí misma. Tampoco es una estrategia para asegurar la continuidad institucional. Es, más bien, un acto de fidelidad: la decisión de no repetir sin discernir, de no conservar sin escuchar, de no avanzar sin preguntarse por el sentido.

Re-imaginar implica reconocer que la fe no se vive fuera de la historia. Que nuestras comunidades están atravesadas por procesos sociales, culturales, económicos y afectivos que condicionan —muchas veces sin que lo advirtamos— la manera en que creemos, decidimos y nos relacionamos. Implica también aceptar que no siempre vemos con claridad, que nuestras prácticas pueden volverse rígidas, que nuestras certezas pueden necesitar ser revisitadas.

Pero, al mismo tiempo, re-imaginar es confiar. Confiar en que el Evangelio sigue siendo fuente de vida. Confiar en que la comunidad, cuando se abre al discernimiento, puede descubrir caminos nuevos. Confiar en que el Espíritu sigue hablando, incluso —y a veces especialmente— en medio de la incertidumbre.

Este texto nace desde esa convicción y desde esa búsqueda. No pretende ofrecer respuestas cerradas ni modelos que deban replicarse. Más bien, quiere acompañar un proceso. Poner en palabras algunas intuiciones que surgen del caminar comunitario, del diálogo con la teología latinoamericana y del encuentro con diversas experiencias eclesiales que, en distintos contextos, buscan vivir su fe de manera más fiel y más encarnada.

A lo largo de estas páginas se abordan algunas dimensiones que resultan clave para este camino: el discernimiento comunitario como forma de vida, la praxis liberadora como lugar de comprensión de la fe, la relectura de las palabras y metáforas de Jesús como fuente de imaginación teológica, el diálogo con otros saberes como apertura a la complejidad de la realidad, y la espiritualidad comunitaria como horizonte que sostiene todo proceso.

Sin embargo, más que un recorrido ordenado o un método a seguir, lo que aquí se propone es una invitación. Una invitación a detenerse, a escuchar, a mirar nuevamente. A abrir espacios donde la comunidad pueda preguntarse con honestidad qué está llamada a ser hoy. A reconocer que el camino no está completamente trazado, pero que puede ir revelándose en la medida en que se camina.

Re-imaginar, en este sentido, no es un destino al que se llega, sino una forma de vivir la fe. Una manera de permanecer disponibles al Dios que sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Re-imaginar como fidelidad al Evangelio vivo

Re-imaginar la vida de la iglesia no surge de la ansiedad por innovar, nace de una convicción profundamente bíblica y teológica: el Espíritu de Jesús continúa actuando en la historia y llama a las comunidades a releer su fe y sus prácticas desde los signos de cada tiempo. Esta convicción no es nueva; atraviesa toda la tradición cristiana y diversas identidades confesionales que han insistido en que la iglesia vive siempre bajo la Palabra viva, en permanente proceso de conversión.

Re-imaginar, entonces, no significa abandonar lo recibido, sino permitir que vuelva a hablar con fuerza en contextos nuevos. No es ruptura, sino fidelidad. No es improvisación,

sino discernimiento. Es una disposición espiritual que reconoce que el Evangelio no es un depósito estático, sino una palabra viva que se encarna en la historia y que, por tanto, necesita ser escuchada una y otra vez en comunidad.

Hoy, muchas comunidades viven tensiones profundas que no pueden ser ignoradas ni simplificadas. Las migraciones reconfiguran identidades, las desigualdades sociales atraviesan la vida cotidiana y los modelos eclesiales heredados muestran signos de desgaste. A esto se suma una creciente distancia entre las formas tradicionales de la iglesia y las búsquedas existenciales contemporáneas.

En este escenario, re-imaginar no puede reducirse a una estrategia organizacional ni a un intento de adaptación superficial. Es, ante todo, una disposición espiritual: una forma de detenerse, de escuchar y de mirar nuevamente. Implica reconocer que algo está cambiando, pero también que el Espíritu sigue actuando en medio de ese cambio.

La imagen de la mesa abierta en los Evangelios se convierte en una clave hermenéutica fundamental para este proceso. Jesús no construyó comunidades a partir de estructuras rígidas ni de definiciones doctrinales cerradas, sino desde encuentros donde la dignidad de cada persona era reconocida. En torno a la mesa, las fronteras se desplazaban, las jerarquías se relativizaban y emergía una forma distinta de comprender la vida en común.

Re-imaginar implica volver a esa mesa. No como una nostalgia del pasado, sino como un criterio para el presente. Implica preguntarnos quiénes están, quiénes faltan, quiénes no han sido escuchados y qué transformaciones son necesarias para que la comunidad refleje más fielmente el Reino que anuncia.

Discernimiento comunitario y la lógica de los pequeños encuentros

Hablar de re-imaginación sin hablar de discernimiento comunitario sería quedarse en la superficie del problema. El discernimiento no es un momento puntual en la vida de la iglesia ni una técnica para tomar decisiones más eficientes. Es una forma de existir como

comunidad que reconoce que la voluntad de Dios no se impone desde arriba ni se descubre en soledad, sino que emerge en el encuentro entre personas que buscan juntas la verdad del Evangelio.

Discernir en el Espíritu de Jesús implica aprender a sostener las preguntas. No comienza con respuestas claras, sino con una apertura honesta a la realidad. Preguntas como: ¿dónde vemos brotar vida plena en medio de nuestras fragilidades?, ¿qué voces han quedado fuera de nuestras conversaciones?, ¿qué prácticas hemos naturalizado que ya no generan dignidad?, no buscan generar ansiedad, sino abrir un espacio donde la comunidad pueda escuchar más allá de sus certezas inmediatas.

Este proceso exige reconocer que nuestras decisiones no son neutras. Están atravesadas por historias personales, por heridas colectivas y por dinámicas de poder que muchas veces permanecen invisibles. Por eso, abrir la mesa no es solo un gesto simbólico, sino un proceso de revisión profunda. Implica preguntarse quiénes han tenido voz y quiénes han sido sistemáticamente silenciadas y silenciados.

En muchas comunidades, quienes más sufren las consecuencias de las decisiones son precisamente quienes menos participan en ellas. Re-imaginar exige invertir esa lógica. No como una estrategia de inclusión superficial, sino como un acto de justicia.

El conflicto aparece inevitablemente cuando una comunidad se atreve a escuchar de verdad. Sin embargo, el Evangelio muestra que el conflicto no es necesariamente una señal de fracaso, sino que puede convertirse en un lugar de revelación. Jesús mismo fue confrontado constantemente por su manera de abrir la mesa y de desafiar las normas establecidas. Discernir en su Espíritu implica aprender a sostener tensiones sin caer en la descalificación ni en la indiferencia.

En este punto, emerge una intuición pastoral decisiva: en el camino del seguimiento de Jesús, todas las personas son necesarias. De allí la importancia de crear espacios de reflexión y diálogo abiertos tanto a quienes viven su fe como a quienes están en búsqueda. La experiencia cristiana no nació en grandes estructuras institucionales, sino en ámbitos cercanos donde era posible compartir preguntas, dudas y descubrimientos sin miedo. En

estos espacios, la fe se vuelve experiencia compartida y el discernimiento deja de ser un ejercicio administrativo para convertirse en una práctica espiritual encarnada discernida en común a la luz del Espíritu de Jesús.

Desde una perspectiva latinoamericana, este proceso adquiere aún mayor profundidad. La fe se ilumina cuando se sitúa en la realidad histórica concreta donde las personas buscan vida en medio de condiciones muchas veces adversas. Y la Escritura se abre de nuevas maneras cuando se escucha desde quienes han sufrido marginación. Así, el discernimiento se convierte en un acto de justicia en el que la comunidad aprende a reconocer la voz de Dios, allí donde antes no había sabido escucharla.

Poco a poco, el discernimiento deja de ser solo un proceso de toma de decisiones y se convierte en una escuela de conversión comunitaria. No solo cambian las decisiones; cambia la manera en que las personas se miran, se escuchan y caminan juntas.

Praxis liberadora: ver, juzgar y actuar como camino histórico y espiritual

La tradición latinoamericana ha ofrecido a la iglesia una de sus intuiciones más fecundas: la fe no se comprende plenamente desde la abstracción, sino desde la praxis. La teología no es un punto de partida, sino una reflexión que surge de la vida creyente en la historia. Esta comprensión sitúa a la comunidad en un lugar decisivo: el de interpretar su propia experiencia a la luz de Jesús y sus buenas noticias.

En este marco, el movimiento de ver, juzgar y actuar no puede reducirse a un esquema metodológico rígido. Es un dinamismo espiritual que articula la relación entre fe, historia y comunidad. Re-imaginar se inscribe en esta tradición, pero la relee desde un contexto donde la complejidad de la realidad exige una mirada aún más profunda.

Ver implica aprender a mirar la realidad con honestidad. No se trata de acumular información ni de confirmar diagnósticos previos, sino de dejarse afectar por lo que ocurre. Ver es un acto profético en la medida en que rompe la indiferencia. Supone reconocer tanto las heridas como las semillas de vida presentes en la comunidad.

Muchas veces, la mirada se vuelve selectiva: vemos aquello que confirma nuestras expectativas y evitamos lo que incomoda. Sin embargo, el Evangelio nos invita a mirar desde otro lugar: desde abajo, desde los márgenes, desde quienes cargan con mayor peso las consecuencias de nuestras decisiones.

Juzgar no significa solo cuestionar la realidad, sino también releerla o reescribirla desde la memoria viva de Jesús. Sus palabras, sus parábolas y sus gestos no ofrecen respuestas cerradas, pero sí un horizonte desde el cual interpretar la vida. Juzgar, entonces, es permitir que el Evangelio cuestione nuestras prácticas, nuestras estructuras y nuestras formas de comprender la misión.

En este proceso, muchas seguridades se vuelven frágiles. La fe deja de ser un sistema de certezas para convertirse en un camino de discernimiento.

Actuar surge como respuesta encarnada. No se trata de implementar soluciones definitivas, sino de ensayar caminos que reflejen el estilo del Reino. La acción cristiana es siempre provisional, porque reconoce que la realidad es dinámica y que el Espíritu continúa enseñando en el proceso.

Este dinamismo no es lineal, sino circular. La comunidad actúa, vuelve a mirar el texto y la vida, redescubre aspectos que no había visto, profundiza su discernimiento y transforma nuevamente su acción. Así la re-imaginación se vuelve proceso.

En este punto, resulta clave reconocer que la praxis no es simplemente acción, sino acción situada. La vida concreta —los cuerpos, la tierra, las relaciones humanas— no es un contexto secundario, sino el lugar donde la espiritualidad se encarna. Actuar implica hacerse cargo de esa complejidad.

Así se abre un horizonte de esperanza que sostiene la acción comunitaria. La comunidad no actúa porque tenga todas las respuestas, sino porque confía en el futuro de Dios. Esta confianza permite sostener el camino incluso cuando los resultados no son visibles.

Re-imaginar, entonces, no es diseñar soluciones perfectas, sino aprender a vivir en este movimiento continuo donde la fe, la historia, los relatos y la comunidad se entrelazan.

Re-imaginar las metáforas y los dichos de Jesús

Las metáforas y los dichos de Jesús constituyen uno de los núcleos más fecundos para todo proceso de re-imaginación. No son simplemente recursos pedagógicos ni ilustraciones que inspiran, sino formas de lenguaje que abren mundos nuevos y desestabilizan nuestras maneras habituales de comprender la realidad. Jesús no enseña mediante definiciones cerradas, sino a través de imágenes que invitan a ver de otro modo (cf. Mt 13; Mc 4; Lc 8).

Re-imaginar, en este sentido, implica volver a esas metáforas no para repetir las, sino para dejarnos transformar por ellas. Implica releerlas, reescucharlas, permitir que vuelvan a incomodarnos y a abrir preguntas allí donde creíamos tener respuestas.

La necesidad de recuperar la frescura del Jesús histórico —es decir, de volver a escuchar sus palabras en medio de la vida concreta de las personas— resulta clave para la re-imaginación. Sus parábolas no fueron pronunciadas para construir sistemas doctrinales, sino para despertar procesos de conversión comunitaria. Esta perspectiva resulta clave para la re-imaginación: las palabras de Jesús no buscan cerrar la realidad, sino abrirla.

Comprender a Jesús implica situarlo en la historia real donde su anuncio tomó forma. Desde este enfoque, las metáforas adquieren una dimensión profundamente histórica y liberadora. No son relatos neutros: emergen en contextos de desigualdad, de exclusión y de búsqueda de vida. Releerlas hoy implica preguntarnos qué realidades están siendo cuestionadas y qué formas de vida están siendo anunciadas.

La lectura bíblica situada permite ampliar aún más este horizonte, especialmente cuando la Escritura se escucha y se interpreta junto a las personas que han sido históricamente marginadas. Cuando ellas y ellos están presentes, las metáforas de Jesús adquieren nuevos matices.

La mesa compartida deja de ser una imagen abstracta de comunión para convertirse en un desafío concreto frente a prácticas de exclusión (cf. Mt 9:10–13; Lc 5:29–32; Lc 15:1–2). La levadura deja de ser solo un símbolo espiritual para revelar la potencia transformadora de lo pequeño en contextos donde lo visible parece dominarlo todo (cf. Mt 13:33; Lc 13:20–21).

Entre todas las imágenes, la mesa ocupa un lugar central. En los Evangelios, la mesa no es un espacio neutro: es un lugar de conflicto, de redefinición de pertenencias y de revelación del Reino. Jesús comparte la mesa con quienes no deberían estar allí según las normas de su tiempo (cf. Mc 2:15–17; Lc 7:36–50; Lc 19:1–10). Re-imaginar la mesa hoy implica preguntarnos no solo quiénes están invitados/as, sino quiénes han experimentado exclusión de nuestras prácticas comunitarias.

La parábola del buen samaritano introduce una ruptura aún más radical. No solo redefine quién es el prójimo, sino que desplaza el centro ético hacia aquel o aquella que actúa con compasión más allá de las fronteras religiosas y culturales (cf. Lc 10:25–37).

Aquí la reflexión sobre la santidad del encuentro con el otro o la otra puede convertirse en un lugar donde la presencia de Dios irrumpe de manera inesperada. Esta intuición abre una dimensión interreligiosa que no diluye la identidad cristiana, sino que la expande hacia una hospitalidad más amplia y radical.

Otras metáforas como la semilla y la levadura cuestionan directamente nuestra relación con el tiempo y con los resultados. En un contexto donde muchas comunidades experimentan presión por mostrar eficacia, estas imágenes invitan a confiar en procesos que no siempre son visibles. La semilla crece en silencio (cf. Mc 4:26–29), el grano de mostaza comienza desde lo más pequeño (cf. Mt 13:31–32; Mc 4:30–32; Lc 13:18–19), y la levadura actúa desde lo oculto (cf. Mt 13:33). Re-imaginar desde estas metáforas implica asumir una espiritualidad paciente que reconoce que el Reino no se impone, sino que se gesta.

Ciertamente la esperanza cristiana no se basa en la evidencia presente, sino en la promesa futura de Dios. Esta perspectiva ilumina la lectura de estas metáforas: no se trata de constatar lo que ya es, sino de abrirnos a lo que puede llegar a ser. La comunidad aprende

a sostener prácticas que no siempre producen resultados inmediatos, pero que participan de una lógica más profunda.

Así la formación de grupos de reflexión y diálogo para personas creyentes y en búsqueda, tan cercanos a los grupos de relectura bíblica de las comunidades eclesiales de base, ayudan a situar estas metáforas en espacios concretos de vida comunitaria.

Jesús no solo hablaba en grandes multitudes; también generaba ámbitos cercanos donde la palabra podía ser compartida, discutida y encarnada (cf. Mc 3:13-15; Lc 10:1-9). Re-imaginar hoy implica crear espacios donde estas metáforas puedan volver a ser escuchadas en diálogo con la vida real de las personas.

En estos espacios, la palabra deja de ser un discurso unidireccional y se convierte en experiencia compartida. Las personas no solo escuchan, sino que interpretan, cuestionan y descubren juntas. La metáfora se vuelve así un lugar de discernimiento comunitario.

Re-imaginar las palabras de Jesús implica, entonces, mucho más que reinterpretarlas. Implica permitir que vuelvan a configurar nuestra imaginación. Que transformen nuestra manera de comprender lo sagrado, de mirar la comunidad, de comprender la misión y de relacionarnos con el mundo.

Cuando esto ocurre, la comunidad descubre que el Evangelio no es un conjunto de respuestas, sino una fuente inagotable de preguntas que abren caminos de vida. Las metáforas dejan de ser recuerdos del pasado y se convierten en palabras vivas que siguen generando esperanza, vida y sentido.

Espíritu, mesa y praxis: el corazón teológico de la re-imaginación

La re-imaginación de la vida comunitaria no puede sostenerse únicamente en intuiciones pastorales o en herramientas metodológicas. Necesita raíces teológicas profundas que orienten el camino cuando las certezas se vuelven frágiles y cuando los procesos no ofrecen resultados inmediatos. En este sentido, la comunidad que busca re-

imaginar su vida y su misión necesita reconocer aquellos fundamentos que no cambian, aun cuando las formas sí lo hagan.

Tres convicciones atraviesan este proceso y le dan consistencia: la presencia viva del Espíritu de Jesús, la mesa abierta como signo eclesiológico del Reino y la praxis comunitaria como lugar donde la fe se encarna y se verifica.

La primera convicción es que la iglesia no es dueña de su propio camino. Vive guiada por el Espíritu. Esta afirmación recuerda que la comunidad no se sostiene por su capacidad organizativa ni por su claridad estratégica, sino por la acción de Dios en medio de ella. “El viento sopla donde quiere” (Jn 3:8), y esta imagen evangélica invita a comprender que el Espíritu no se deja domesticar por nuestras estructuras.

Re-imaginar, entonces, no es un acto de creatividad autónoma, sino una respuesta a una iniciativa que precede a la comunidad. Implica aprender a discernir la acción de Dios en medio de procesos abiertos, muchas veces ambiguos, donde no todo está bajo control. Esta convicción libera a la iglesia tanto del miedo paralizante como de la ilusión de autosuficiencia.

La segunda convicción es la centralidad de la mesa como imagen del Reino. En los Evangelios, la mesa no es un espacio neutro, sino un lugar donde se redefine quién pertenece y quién queda fuera (cf. Mc 2:15–17; Lc 14:12–24). Jesús no solo habla del Reino: lo encarna en prácticas concretas de hospitalidad que desbordan las normas sociales y religiosas de su tiempo.

La mesa abierta no es simplemente una invitación pastoral a la inclusión, sino un llamado a afirmar la dignidad y el lugar de cada persona. Se trata de una convicción teológica radical: Dios se revela en el encuentro con quienes tenemos delante, especialmente en quienes han sufrido exclusión. Por eso, la manera en que la comunidad organiza su vida común no es un aspecto secundario, sino constitutivo de su fe. Re-imaginar la mesa implica, por tanto, revisar prácticas, lenguajes y estructuras que, con o sin intención, han limitado la participación. Implica también aceptar que la identidad comunitaria no es algo cerrado, sino algo que se transforma en el encuentro.

La tercera convicción es que la fe se verifica en la praxis. La teología latinoamericana ha insistido en que la reflexión sobre Dios no puede separarse de la vida concreta. La fe no se sostiene en ideas abstractas, sino en la manera en que se encarna en relaciones, decisiones y compromisos históricos.

Toda experiencia espiritual está atravesada por la realidad del cuerpo, de la tierra y de las relaciones humanas. Esta perspectiva invita a comprender que la praxis no es simplemente acción, sino acción situada, consciente de su contexto y de sus implicaciones.

La comunidad que re-imagina su camino no busca coherencia perfecta, sino fidelidad encarnada. Aprende a actuar, a revisar, a corregir. Descubre que la verdad del Evangelio no se posee, sino que se busca en el caminar.

Se hace urgente vincular la vida espiritual con la capacidad de sostener y transformar la realidad. La espiritualidad no puede separarse de la historia. La oración que no se deja afectar por el sufrimiento del mundo pierde su profundidad; la acción que no busca hondura se agota. Re-imaginar implica sostener ambas dimensiones en una tensión fecunda.

Estos tres pilares —Espíritu, mesa y praxis— no funcionan como conceptos aislados, sino como una trama viva. El Espíritu impulsa, la mesa configura y la praxis verifica. Allí donde estos elementos se entrelazan, la comunidad comienza a descubrir nuevas formas de ser iglesia sin perder su centro en el Evangelio encarnado en la vida, las palabras y los gestos concretos de Jesús.

En este sentido, la re-imaginación no es un proyecto paralelo a la vida de la iglesia. Es una forma de vivirla más profundamente. Es un camino de conversión en el que la comunidad aprende a confiar, a abrirse y a caminar en fidelidad al Dios que sigue haciendo nuevas todas las cosas (cf. Ap 21:5).

Discernir la vida en comunidad en diálogo con otros saberes

La re-imaginación de la vida comunitaria no ocurre en un vacío. Se despliega en medio de realidades complejas donde intervienen factores sociales, culturales, económicos y

organizacionales que condicionan —muchas veces de manera invisible— la forma en que la comunidad vive, decide y se comprende a sí misma. Por eso, el discernimiento comunitario necesita abrirse al diálogo con otros saberes que permitan leer esa complejidad con mayor profundidad.

Este diálogo no puede entenderse como una simple incorporación de herramientas externas. Ya sabemos que toda verdad pertenece a Dios, pero también sabemos que la iglesia está llamada a discernir continuamente. No todo conocimiento ilumina de la misma manera ni toda herramienta sirve a la vida del Evangelio. El desafío no es adoptar métodos, sino discernirlos teológicamente.

Cuando la comunidad se cierra sobre sí misma, corre el riesgo de interpretar la realidad desde sus propias limitaciones sin advertirlo. En cambio, abrirse a otros saberes permite reconocer que nuestra mirada siempre está mediada por historias, contextos y experiencias concretas. La interpretación nunca es neutra; siempre está situada. Esta conciencia no debilita el discernimiento, sino que lo vuelve más honesto.

En este sentido, el diálogo con disciplinas que nos ayuden a interpretar la realidad y trabajar comunitariamente, no debe verse como una concesión a lo secular, sino como una forma de tomar en serio la pertinencia. La fe no ocurre fuera de la historia, sino en ella. Por eso, comprender mejor las dinámicas humanas y comunitarias se vuelve parte del proceso de re-imaginación. Una fe que no se deja interpelar por la realidad corre el riesgo de volverse abstracta.

En este horizonte, diversas disciplinas pueden ofrecer aportes significativos cuando se ponen al servicio del discernimiento comunitario en el Espíritu de Jesús. Las ciencias sociales, como la sociología, la antropología, permiten comprender mejor las transformaciones culturales, las dinámicas de pertenencia y los procesos de exclusión que atraviesan a las comunidades. La psicología, especialmente en su dimensión comunitaria, ayuda a reconocer los vínculos, las heridas, los liderazgos y las formas en que se configuran los conflictos. A su vez, los estudios organizacionales y las perspectivas de liderazgo

participativo ofrecen claves para revisar estructuras, modos de decisión y distribución del poder, favoreciendo procesos más horizontales y corresponsables.

Junto a estos aportes, otras perspectivas como la economía social, la educación popular y la pedagogía crítica iluminan la dimensión práctica del caminar comunitario, ayudando a generar procesos donde las personas no solo participen, sino que se reconozcan como sujetos activos en la construcción de la vida común. Incluso herramientas contemporáneas como el pensamiento de diseño y la prototipación pueden ser releídas desde una clave espiritual, como prácticas que permiten ensayar, aprender y corregir en comunidad. Integrar estos saberes no implica desplazar el centro del Evangelio, sino enriquecer la capacidad de la comunidad para leer la realidad, discernir con mayor profundidad y encarnar de manera más fiel la vida del Reino en su contexto.

El pensamiento sistémico aporta aquí una clave particularmente significativa. Muchas comunidades tienden a responder a los problemas visibles —conflictos, cansancio, disminución de participación— sin detenerse a comprender las dinámicas más profundas que los generan. Sin embargo, la realidad comunitaria no se organiza en fragmentos aislados, sino en relaciones interdependientes donde cada elemento influye en los demás. Aprender a ver esas conexiones permite pasar de respuestas reactivas a procesos más transformadores.

Algo similar ocurre con la planificación. Cuando se la entiende como un mecanismo de control o como una exigencia de eficiencia, puede resultar ajena al espíritu del Evangelio. Pero cuando se la relea desde una perspectiva comunitaria, puede convertirse en una práctica de cuidado. Preguntarse por el rumbo, por las prioridades y por el uso de los recursos no es someterse a una lógica empresarial, sino asumir la responsabilidad de la vida compartida.

El criterio decisivo no es la eficacia, sino la fidelidad y pertinencia. Una comunidad puede hacer muchas cosas y, sin embargo, perder de vista su vocación. Por eso, toda herramienta necesita ser evaluada no solo por sus resultados, sino por el tipo de relaciones que produce, por la manera en que distribuye la palabra y por la forma en que afecta la vida

común. En parte la manera en que se desarrolla el proceso es tanto o más importante que el contenido.

En el proceso de re-imaginación, si el otro/a no es solo un/una participante, sino un lugar donde la presencia de Dios puede manifestarse, entonces toda práctica comunitaria — incluyendo las herramientas que utilizamos— debe ser evaluada desde su capacidad de generar encuentros más humanos, más justos y más abiertos.

La comunidad ensaya, aprende, corrige y vuelve a intentar. No porque no sepa lo que hace, sino porque reconoce que el camino se va revelando en el proceso. Este dinamismo resuena profundamente con la praxis liberadora. Actuar, revisar, volver a discernir. No avanzar desde certezas absolutas, sino desde una fidelidad en movimiento. La comunidad no controla el resultado final, pero sí puede cuidar el modo en que camina.

Aquí la esperanza adquiere un papel central. No como expectativa de éxito, sino como confianza en que Dios sigue actuando en medio de procesos abiertos. Esta confianza permite sostener el camino incluso cuando los resultados no son inmediatos o visibles.

El diálogo con otros saberes, entonces, deja de ser un recurso técnico y se convierte en una dimensión espiritual del discernimiento. La comunidad aprende a escuchar más, a comprender mejor y a responder con mayor profundidad. No busca controlar la realidad, sino vivirla con mayor conciencia.

Re-imaginar implica, en este sentido, aprender a vivir en esa intersección: entre fe y conocimiento, entre escucha y acción, entre tradición y novedad. Implica integrar sin absolutizar, discernir sin cerrarse y caminar con una humildad que reconoce que tanto la fe como el conocimiento son caminos que se recorren en comunidad.

Una espiritualidad comunitaria para tiempos de re-imaginación

Re-imaginar la vida comunitaria no es, en última instancia, un ejercicio metodológico ni una reorganización estructural. Es un proceso profundamente espiritual. Implica una

transformación en la manera en que la comunidad percibe la presencia de Dios, se relaciona consigo misma y habita la historia.

Durante mucho tiempo, la espiritualidad cristiana fue comprendida principalmente en clave individual o intimista. Sin embargo, en el camino de seguimiento de Jesús reconocemos que la fe se vive en comunidad, se rediseña desde la escucha compartida de la Palabra y en la búsqueda común de fidelidad y pertinencia. Re-imaginar implica redescubrir esta dimensión comunitaria como el lugar donde la espiritualidad se encarna.

Mientras re-imagina, la iglesia no vive orientada hacia la conservación del pasado, sino hacia el futuro de Dios. Esta orientación no elimina la incertidumbre, pero la transforma: permite sostener procesos abiertos sin necesidad de cerrarlos prematuramente. La esperanza deja de ser una expectativa pasiva y se convierte en una práctica activa de confianza.

Re-imaginar implica, entonces, aprender a sostener esa tensión: una espiritualidad que contempla y actúa, que ora y se compromete, que escucha y se deja interpelar. Entonces ya no se trata solo de buscar a Dios en lo interior o en lo litúrgico, sino de reconocer que la presencia divina puede irrumpir en la relación concreta con el otro o la otra, especialmente allí donde hay vulnerabilidad, diferencia o incluso tensión.

El otro deja de ser únicamente interlocutor o prójimo en sentido ético, para convertirse en lugar teológico. El encuentro se vuelve revelación. Esta perspectiva transforma radicalmente el discernimiento comunitario: escuchar al otro, a la otra, no es solo un acto de respeto o de inclusión, sino una práctica espiritual de justicia en el que la comunidad se dispone a reconocer la voz de Dios más allá de sus propios límites.

Esto adquiere una dimensión aún más profunda en contextos interreligiosos. El encuentro con personas de otras tradiciones deja de ser una amenaza para la identidad y se convierte en un espacio donde la fe puede ser purificada, ensanchada y profundizada. No se trata de diluir convicciones, sino de reconocer que el Espíritu sopla donde quiere (Jn 3:8), y que su acción no queda restringida a nuestras categorías o convicciones.

Este horizonte puede ampliarse aún más. En el camino del seguimiento de Jesús —y en el compromiso con aquellas causas que encarnan su vida— la comunidad también se descubre caminando junto a personas que están en búsqueda, e incluso con quienes no se reconocen desde la fe. Lejos de diluir la identidad, estos encuentros pueden convertirse en espacios donde la verdad del Evangelio se pone en juego de manera concreta, en la justicia, el cuidado de la vida y la creación, la dignidad compartida. Re-imaginar implica, también, reconocer que el Espíritu puede suscitar caminos de vida más allá de nuestras fronteras visibles, y que la comunidad está llamada no solo a acoger, sino a aprender en esos encuentros.

Esta espiritualidad se entrelaza con experiencias concretas de vida. Las historias migrantes, las memorias de resistencia, las múltiples pertenencias culturales configuran una forma de fe donde la comunidad se convierte en espacio de sostén y dignidad. Re-imaginar implica reconocer estas experiencias no como contextos secundarios, sino como lugares donde Dios sigue revelándose.

La espiritualidad comunitaria que emerge de este proceso no busca eliminar la fragilidad, sino aprender desde ella. La comunidad aprende a caminar sin tener todo resuelto, a sostener preguntas abiertas, a confiar en medio de procesos que no siempre son claros. Descubre que la presencia de Dios no se manifiesta únicamente en la certeza, sino también en el camino compartido.

En este sentido, el discernimiento, la praxis, la escucha de las metáforas de Jesús y el diálogo con otros saberes no son dimensiones separadas. Forman parte de una misma experiencia espiritual donde la comunidad aprende a vivir en el Espíritu de Jesús.

Re-imaginar es, finalmente, aprender a caminar juntos y juntas hacia un futuro que no controlamos, pero en el que confiamos. Es abrir la mesa una y otra vez, escuchar nuevamente, actuar con humildad y volver a discernir.

Y en ese camino, la comunidad descubre algo esencial: la fe no consiste en poseer certezas definitivas, sino en seguir avanzando, disponibles a la acción de Dios que sigue haciendo nuevas todas las cosas (cf. Ap 21:5).

Bibliografía seleccionada

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Gebara, I. (2000). *Rompiendo el silencio: Una fenomenología feminista del mal*. Trotta.

Gutiérrez, G. (1971). *Teología de la liberación: Perspectivas*. CEP.

Moltmann, J. (1969). *Teología de la esperanza*. Sígueme.

Pagola, J. A. (2013). *Grupos de Jesús*. PPC.

Sobrino, J. (1991). *Jesucristo liberador: Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. Trotta.

Sölle, D. (2001). *Mística y resistencia*. Sal Terrae.

Támez, E. (1979). *La Biblia de los oprimidos*. DEI.